

El lombardismo y el movimiento obrero en la década de los treinta

*José Luis Tejeda**

INTRODUCCIÓN

Aún se discute sobre la herencia del cardenismo mexicano. Una parte crucial de ella radica en aquello que los obreros industriales aportaron a la conformación de la nación mexicana. Lombardo Toledano será el dirigente representativo de una clase trabajadora que se expresó, actuó e incidió en la política nacional de los treinta. En gran medida la cultura de la izquierda socialista y sindical se gestó al abrigo del lombardismo mexicano. El lombardismo fue un marco de referencia

positivo o negativo, pero difícil de soslayar para la actividad y el pensamiento de los sectores preocupados e involucrados en la actividad laboral mexicana. El lombardismo generó una peculiar relación del liderazgo sindical con el Estado mexicano, que selló la cultura de los obreros industriales, de los líderes sindicales y de los grupos gobernantes. En las actuales condiciones de recomposición de los mandos sindicales y de crisis de la estructura de organización gremial vigente es importante acudir a las condiciones del surgimiento y desarrollo del modelo



IZTAPALAPA 32

sindical mexicano. Es por ello que la discusión sobre el lombardismo está lejos de haberse agotado.

I. LOMBARDO TOLEDANO Y LA GENERACIÓN DE 1915

Después de la etapa militar más intensa de la Revolución mexicana (1910-1920) se inicia tímidamente el momento constructivo que se va imponiendo en lo sucesivo al país desde los círculos gobernantes. Este momento aparece cuando aún no se apaciguan los ánimos revolucionarios y se mantienen fuertes cacicazgos y caudillismos político-militares de carácter regional y local, en tanto se mantiene en vastas zonas del país (el sureste, Veracruz, Tabasco, Morelos) la movilización campesina independiente que permea y signa el contenido político de la época. Por ello, la fase constructiva no termina por imponerse, ya que el proceso de ruptura y cambio no culmina en tanto los preceptos constitucionales no son materializados (en su contenido social) por la élite gobernante.

Sin embargo, y a pesar de que la década de los veinte es un periodo de transición —en que sucede lo que Gramsci señaló, relativo a que las crisis expresan el declive de lo caduco y la incapacidad de lo nuevo para terminar por imponerse—, ya se percibe la gestación de una generación nueva que terminará por conducir los destinos del país, y que será el principal sostén de la etapa cardenista que se extiende en la década de los treinta. Tal generación, denominada indistintamente como la de 1915, epirrevolucionaria, o cardenista a secas,¹ se distingue de la propiamente “revolucionaria” en tanto que enfatiza los aspectos constructivos y creadores de la Revolución, por lo

que no es casual que tenga un mayor grado de “urbanización”, escolaridad y se reclute centralmente en los grupos medios de la población. Esta nueva minoría rectora vivió la convulsión revolucionaria como un elemento externo que la afectó profundamente y a la cual se sumó como elemento subordinado, o se mantuvo a la expectativa, según el caso. Sin llegar a descalificar el proceso revolucionario, entendió que éste tendería a llegar a una etapa de realizaciones para la cual forjó su temperamento y su actitud. Constructores, organizadores, pensadores y creadores se aglutinaron en torno a este profundo movimiento de las élites del país, que presentaba un punto en común: buscar salir del estado de incesante conflicto en que se encontraba el país, y encauzarlo o anularlo en los marcos de un proceso constructivo.

Dentro de la generación de 1915 un papel muy particular habría de corresponder a su franja más estrictamente intelectual, que además es la que le da el nombre de 1915 a toda la generación.² Los llamados “siete sabios” (eje de los intelectuales de la generación), entre los que resaltaron Vicente Lombardo Toledano y Manuel Gómez Morán (quienes representaron las antípodas del abanico ideológico en los treinta), se caracterizan por su condición de intelectuales que asumen la fase de edificación que vive el país, al amparo del Estado posrevolucionario, al cual ven como sujeto rector de los cambios y las acciones que dichos pensadores consideran pertinente desarrollar. Ello los convierte en unos intelectuales de Estado, que no mantienen una autonomía o un distanciamiento crítico del régimen, y los vuelve asimismo dependientes de sus vaivenes y su providencia. A pesar de que las contingencias políticas los llevaron a

alejarse eventualmente de algún gobernante en turno, jamás modificaron su visión estatista del país.

Su condición de intelectuales los limitará en cuanto que cumplen un papel de consejeros, asesores e ideólogos de Estado, pero a diferencia de los políticos natos carecerán de una base social propia, lo cual los hace menos inmunes a las veleidades y los vericuetos de la política oficial. Es sintomática la similitud de circunstancias en que Lombardo Toledano y Gómez Morín destacan en los círculos oficiales entre la década de los veinte y la de los treinta: en ambos se percibe el apoyo que reciben del Estado posrevolucionario en la medida en que sirven al régimen con sus conocimientos o como legitimadores del Estado, y cómo a la larga, ante los reacomodos en la élite dirigente y la pérdida de su respectiva influencia emprenden el camino de ganarse una fuerza propia edificando partidos políticos más acordes con sus orientaciones (el Partido Popular y el PAN). Incluso la formación de dichos partidos confirma en cierto sentido lo anterior, ya que si bien asumen un cierto distanciamiento crítico del gobierno mexicano (más agudo en el caso del PAN, y menos perceptible en la concepción lombardista), no dejan de formar parte del entramado estatal sobre el que se edifica el sistema político mexicano moderno. El PAN y el PP (después PPS) fueron los principales partidos políticos que convalidaron la existencia del régimen de partido de Estado que se mantiene hasta la fecha.

Lombardo Toledano desarrolla en la década de los veinte una variada y múltiple actividad como funcionario público, que va desde la función de oficial mayor del distrito (1921), director de bibliotecas de la SEP, director de la Escuela Nacional Preparatoria, re-

gidor del ayuntamiento de México, hasta gobernador interino del estado de Puebla en diciembre de 1923. Con la llegada de Calles al poder su trayectoria política se torna más favorable, pues logra ser diputado federal (1924). Lombardo mantiene entonces una actividad política que coexiste con el trabajo académico que desarrolla en la Universidad Nacional. Sus primeras experiencias políticas en el medio universitario y en su entidad natal, no dejan de ser limitadas para las expectativas de un miembro prominente de la generación de 1915. Contra lo que se cree, si bien Lombardo Toledano tenía una experiencia previa y se abrió camino en los terrenos de la política oficial desde la década de los veinte, su vida y su actividad política quedarían marcadas por su encuentro con la clase obrera mexicana.

La relación que Lombardo sostendrá con el movimiento obrero se inicia con su actividad sindical en el magisterio: participa en la fundación del Sindicato de Profesores del DF, en 1920. Por otro lado la confederación que en 1919 ha formado el Partido Laborista Mexicano, atrae a sus filas a Lombardo —a través de Gasca, exgobernador del Distrito Federal, y al cual conoció Lombardo en sus años de oficial mayor del distrito—.³ En la CROM, Lombardo será presidente del Comité de Educación, y a partir de junio de 1926 vicepresidente del Banco Cooperativo Agrícola (que dependía de la CROM). Lombardo Toledano, aun sin una posición destacada en la CROM de los veinte, servía como justificante ideológico en el entramado político sindical dominante del periodo. En su trabajo "La libertad sindical en México", elaborado entre 1926-1927, asume una postura favorable al Estado mexicano en materia laboral; permite vislumbrar sus

cualidades de ideólogo de la organización sindical, aunque mantiene una condición subordinada en la dirección política. Por las mismas fechas (1926) logró integrar el primer sindicato donde se percibe su influencia hegemónica: la Federación Nacional de Maestros, gremio al que se reduce la injerencia directa de Lombardo.

La decadencia de la vieja élite política gobernante empieza a manifestarse con un creciente conservadurismo en la etapa del maximato. La burocracia sindical organizada en torno a la CROM resentirá el efecto de los conflictos que sostiene con el poder central. A esto se aúna el desprestigio al que han llegado los líderes cromianos, y que se agudizó con el asesinato de Obregón (en algunos medios se les responsabilizó del crimen). En la medida en que el país vira cada día más hacia la derecha, la CROM entra en un proceso de descomposición que alentará la promoción de un nuevo tipo de liderazgo, del cual será representativo Lombardo Toledano. Éste adopta una postura incorruptible, más civilizada, y asentada sobre un consenso entre los trabajadores, que lo llevará a convertirse en el dirigente principal del movimiento obrero en los primeros años de la década de los treinta.

2. EL AUGE OBRERO EN EL CARDENISMO

El deterioro de la maquinaria cromista alentó las deserciones y la dispersión sindical, lo cual trajo como consecuencia el debilitamiento de los instrumentos de control del Estado mexicano hacia los trabajadores asalariados. Si bien la debacle cromiana se debe, aparte de sus conflictos con el grupo gobernante, a su

pérdida de representatividad y a su creciente aislamiento de la problemática de los obreros, no es mínima su participación en la descomposición del aparato sindical y de las formas de dominación impuestas por Morones y su grupo. Con el estallido de la crisis en la cúpula (1928), las tensiones que se habían venido procesando en las bases se manifestaron. El ascenso de Lombardo como líder de masas se encuentra con el momento de la declinación de la vieja dirección cromiana: ante la reelección de Obregón fue Lombardo el responsable de elaborar el documento que se le presentaría, se le asignó defenderlo en la Cámara de diputados y tomar la palabra en el acto que se realizaría en la ciudad de México. La muerte de Obregón precipita los acontecimientos. La CROM se aísla tanto, que no participará en la conformación del PNR, sobre todo debido a la actitud de Calles de buscar un mayor distanciamiento respecto de los líderes cromianos desprestigiados.

En 1929 el moronismo vive su principal sangría al salirse de su seno 37 sindicatos, que a su vez formaron la Federación Sindical de Trabajadores del Distrito Federal (apoyados en las contradicciones entre los dirigentes cromianos y el presidente Portes Gil). Esta Federación, encabezada por Fidel Velázquez (el grupo de los cinco lobitos), logró apoderarse de las Juntas de Conciliación y Arbitraje, con lo cual magnificó su influencia —al tener un poderoso instrumento de control y conciliación— en las cuestiones laborales.⁴ Hacia 1932 el PNR, que cuenta con una endeble base obrera propia, busca generar una opción orgánica vinculada más estrechamente al Estado, a cuyo efecto precipita el éxodo de otro grupo cromista (encabezado por Alfredo Pérez Medina, quien había sido el

principal líder cromista en el DF), y en consecuencia acoge en sus filas a la Federación de Sindicatos Obreros del DF. Lo anterior sentaría las bases para la creación de la Cámara del Trabajo.

En la medida en que se desmoronaba la CROM surgían nuevas alternativas organizativas y otros tipos de liderazgo que se iban abriendo camino en virtud de la situación de recomposición sindical que el país experimentaba. Los ferrocarrileros, que después de la huelga de 1926 habían iniciado un proceso de unificación sindical, logran culminarlo al conformar, en enero de 1933, el Sindicato de Trabajadores Ferrocarrileros de la República Mexicana.⁵ Esta asociación pionera en la construcción de alternativas superiores de organización dio lugar al primer sindicato nacional de industria en la historia del país; anteriormente proliferan los sindicatos de empresa, gremiales o de oficio, por lo que la gestación de los sindicatos nacionales de industria se traduce en una mayor capacidad de organización de los obreros con su correspondiente en la fuerza social, pues no sólo son importantes por el número de trabajadores que aglutinan, sino porque además lo hacen en áreas estatégicas y prioritarias de la vida nacional.

El camino inaugurado por los ferrocarrileros sería seguido tendencialmente por los mineros y metalúrgicos que en enero de 1934 dieron vida al Sindicato Industrial Minero-Metalúrgico de la República Mexicana, y por los petroleros, quienes a principios de 1936 conforman el Sindicato de Trabajadores Petroleros de la República Mexicana. También se dio un intento frustrado de unificación electricista con la formación de la Confederación Nacional de Electricistas y Similares, que ante la aparición del SME (Sindicato

Mexicano de Electricistas) se desintegró. Todo este gran reacomodo de la clase obrera gozó de cierta autonomía con respecto al Estado. Incluso se observa



cierta influencia por parte de los comunistas mexicanos.

Los cambios orgánicos no operan en el vacío: se dan en el marco de la crisis económica que el país resiente por los efectos de la recesión mundial de 1929. Para 1932 las manifestaciones más agudas de tal fenómeno se dejan sentir al recrudecerse la condición de por sí precaria de los obreros mexicanos. Lo antedicho, junto con la caída de las organizaciones sindicales tradicionales (CROM, CGT), creaba condiciones para que la lucha obrera se aventurara en otras experiencias y formas de organización. Ello explica que los grupos sindicales emergentes se conviertan en los representantes legítimos de la clase obrera y emprendan jornadas huelguísticas a partir del año de la sucesión presidencial (1934). La campaña de Cárdenas a la Presidencia se produce en un contexto de creciente participación sindical y campesina que hace virar el país hacia la izquierda. En tanto que de 1929 a 1933 estallan en el país un total de 109 huelgas, en el año de la sucesión (1934) casi se duplica la cifra (202 huelgas),⁶ lo cual ilustra el ascenso y la magnitud del movimiento obrero. Tal circunstancia no podía pasar inadvertida en el contenido de la campaña y de la política presidencial de Lázaro Cárdenas.

El momento de reorganización sindical que protagonizan los trabajadores para encarar la crisis económica y atajar la desarticulación de las organizaciones obreras terminó por afectar mortalmente a la CROM: el tiro de gracia lo dará Lombardo Toledano, al convertirse en el centro dirigente de la movilización obrera en torno al cardenismo. A pesar de las deserciones de la CROM, ésta había logrado mantenerse como la principal agrupación obrera nacional. Las críticas de Lombar-

do a la burocracia cromiana, paradójicamente, cuestionan la acción múltiple que propugnaba la CROM y que implicaba la participación política de las organizaciones obreras en su condición subordinada al Estado mexicano, por lo que se llegó a plantear la disolución del Partido Laborista⁷ como brazo político de la organización sindical. En realidad lo que Lombardo señalaba era que el sindicalismo se había corrompido por el uso que le daban los políticos mexicanos, lo cual implicaba que debía depurarse de prácticas y hábitos malsanos para servir a la clase obrera sin menoscabo de una posible alianza con el Estado posevolucionario.

El deslinde que Lombardo Toledano realiza con Morones y su grupo se expresa en su discurso pronunciado el 23 de julio de 1932 (“El camino está a la izquierda”), en el cual señala las limitaciones e inconsecuencias del gobierno al no llevar a buen término el programa de la Revolución mexicana. La respuesta de Morones no se hace esperar. Descalifica al intelectual cromista, y esto empuja a Lombardo a renunciar como integrante y Secretario de Educación de la CROM. Sin embargo, en la X Convención de esa confederación, realizada días después, el lombardismo resulta predominante:⁸ se inicia una campaña de proselitismo encabezada por la Federación de Sindicatos del Distrito Federal, cuyo líder, desde el 10. de mayo de 1932, era Lombardo. Para marzo de 1933 la vieja CROM quedará desmantelada, y Lombardo será proclamado secretario general en una Convención extraordinaria. De allí surge lo que se conoce como la CROM “depurada”.

La manera como Lombardo llega a ganar una franja considerable y quizá mayoritaria de la CROM se explica, aparte de sus cualidades personales, por el gran desprestigio en que había caído el núcleo moro-

nista. La legitimidad que logró Lombardo al salir de la organización cromiana, acompañado por un fuerte contingente de trabajadores del DF, Veracruz, Puebla, etc., le permitió ponerse al frente de la construcción de una nueva central obrera, la CGOCM (Confederación General de Obreros y Campesinos de México), la cual se conforma en octubre de 1933, y en donde es relevante la incorporación a esta central de la organización sindical liderada por Fidel Velázquez, creándose desde entonces una relación entre Lombardo y los cinco lobitos que perduraría en todo el periodo cardenista. Con su autoridad moral y política que lo ubicaba como un dirigente independiente, su capacidad de convocatoria iba en ascenso en tanto la reagrupación sindical operaba en las organizaciones obreras, y se calentaban motores para la efervescencia sindical que el país protagonizaría en el sexenio cardenista.

Un elemento importante en el proceso de fortalecimiento del lombardismo lo juega la orientación que le imprimió a la CGOCM, al considerarla como una organización sindical que reivindicaba la abstención política como una antítesis a la experiencia cromiana. Esto le daba visos de mayor autonomía al proyecto lombardista de fines del maximato y parecía acercarlo a la vieja tradición anarcosindicalista que propugnaba la negación de la lucha electoral y política. Sin embargo, la diferencia entre el lombardismo y el anarcosindicalismo es clara en cuanto a que el primero no es antiestatista en principio, sino que su actitud ante los gobernantes queda determinada por el tipo de política que éstos desarrollan, como a la postre plantearía el lombardismo maduro. Sin duda, ante el creciente conservadurismo en que se debatía el círculo dirigente

del país, la postura distanciada de Lombardo le ayudó a obtener el consenso de una clase obrera que se presentaba para regresar al escenario político como una fuerza social independiente, para lo cual la CGOCM era una importante garantía de una organización obrera que mantenía su distancia del gobierno. Incluso con Cárdenas como candidato y en el primer semestre de su mandato, la CGOCM no varía su postura inicial de abstención política.

3. LOMBARDISMO Y CARDENISMO

Una interpretación prejuiciada de la historia o mórbida en exceso, podría plantear que Lombardo estaba actuando tácticamente con el objetivo de ganar al movimiento obrero que ya en 1934 está en ascenso, e incorporarlo posteriormente al proyecto cardenista. Pero aparte de que se requeriría mucha perfidia y astucia para obrar en ese sentido, me inclino a pensar que la misma repercusión que el auge sindical tuvo en las mismas organizaciones obreras—terminó por crear nuevas y desechar otras—se expresó en los niveles del mismo Estado mexicano y de su personal político. Si bien el Estado encarna la dominación clasista, es atravesado por la correlación que se da entre las clases y fracciones de clase en el terreno de la lucha política, condensando materialmente la relación de fuerzas.⁹ El Estado mexicano y el mismo Poder ejecutivo materializaron una relación de fuerzas que era favorable a la clase obrera como lo señala la crisis política de junio de 1935. El cardenismo, tanto como el lombardismo, con todo y ser manifestaciones ideológicas que encarnan en personalidades y figuras ligadas o

integradas al Estado posrevolucionario están impregnadas de la cultura y de los intereses de los grupos subalternos de la población. El lombardismo es una reinscripción de una franja de la élite política con una base obrera, en un Estado que modifica su relación con la sociedad ante la irrupción de las masas en la política del país.

El punto de encuentro del lombardismo y el cardenismo se presenta en el conflicto del callismo y el cardenismo en junio de 1935. En este año la movilización obrera alcanza niveles insospechados, pues en su transcurso se realizan 642 huelgas, contando con la participación récord de 149 212 huelguistas, lo que provocaría que ya para mediados del año la inquietud de los círculos políticos fuera en aumento ante lo que se podría considerar como una diarquía,¹⁰ en que la fuerza de Lombardo como representante de la clase obrera es comparable a la de Cárdenas como encarnación del Estado mexicano. Calles es el "jefe máximo" de la Revolución que ha ido moderando su discurso y su práctica, por lo que sale a la palestra cuestionando la situación de agitación laboral en que se encuentra el país, y criticando la división que se ha presentado entre los bloques cardenista y callista en el grupo gobernante. La respuesta de Cárdenas será contundente al parejo de la reacción obrera que conlleva a la formación del Comité Nacional de Defensa Proletaria, en donde resulta significativa la integración de las fundamentales organizaciones proletarias de la época (en particular los grandes sindicatos de industria) en un solo frente laboral, donde los grandes sindicatos son un poderoso muro de contención de la escalada callista y de la defensa del gobierno de Cárdenas (fue el SME el que convocó a la conformación del frente de

trabajadores). En cuestión de días el asunto se resuelve con la salida de Calles del país y el inminente reacomodo del personal político del Estado que consolida al cardenismo. Todavía en diciembre del mismo año, Calles regresa acompañado de Morones sólo para reavivar el conflicto, que será finiquitado con el triunfo del cardenismo, contando con el apoyo determinante de los trabajadores mexicanos.

Así terminó de sellarse la alianza y la mutua influencia ejercida por el cardenismo y el movimiento obrero mexicano. En el Zócalo de la ciudad de México, Cárdenas definió la situación:

Los viejos revolucionarios, ahora metidos en perversa aventura son hombres que ya han cumplido su misión histórica. Ya el pueblo sabe lo que dieron de sí... son las generaciones nuevas, los hombres nuevos los que tienen que venir a desplazarlos de los puestos públicos... para que las masas puedan recibir el beneficio de otras orientaciones producidas por hombres que no están gastados.¹¹

El discurso es claro en el deslinde con la generación revolucionaria, pero también se aprecia la tarea que los hombres nuevos *habrán de efectuar: beneficiar a las masas, que aparecen en la política cuando la fisura en las élites gobernantes se abre y se profundiza.*

En 1935 el papel de Cárdenas fue determinante para desplazar al callismo del poder, pero lo hizo con el apoyo tajante del sindicalismo, creándose una relación simbiótica entre Cárdenas y el movimiento obrero, y entre Cárdenas y Lombardo como representante del proletariado. Ante estos hechos el lombardismo modifica su postura ante el sindicalismo y la actitud

que asume ante el Estado mexicano: la subordinación del movimiento obrero ante dicho Estado y la pérdida de independencia política e ideológica de la clase obrera. Dicha postura se aprecia en la forma como Lombardo establece sus alianzas y compromisos con la pretensión de conformar la CTM, en el periodo de gestación y desarrollo de ésta, donde privilegia nexos con sus aliados de la CGOCM (velazquistas) en detrimento de una participación sindical independiente, como fueron los comunistas y las dirigencias sindicales nacionales de industria: quedó clara al momento de conformarse la CTM en 1936 con la disputa por la Secretaría de Organización que finalmente quedó en manos de Fidel Velázquez con el aval de Lombardo Toledano, con la escisión de la Confederación en 1937, al salir los comunistas (quienes retornarían a la CTM en condición subordinada y humillante), y los principales sindicatos nacionales de industria.

Las repercusiones que para el movimiento obrero tuvieron aquellas orientaciones de Lombardo Toledano se ven con claridad a la distancia. Las paradojas de la historia hicieron que en la etapa más progresiva que ha tenido la sociedad posrevolucionaria y en el momento histórico en que más ha influido la acción obrera para definir los rumbos del país (que arranca con la crisis política de junio de 1935 y llega a su cenit con el papel de los trabajadores, en particular de los petroleros), en la jornada nacionalizadora de 1938, se hayan creado los organismos, los instrumentos y la cultura de dominación-subordinación ante la que se asentó el control y la hegemonía sobre la clase obrera: una burocracia sindical ante la cual el mismo Morones aparece como un pelele. Más adelante, el mismo Lombardo que alentó y protegió a los cinco lobitos,

fue derrotado por éstos en la etapa posterior del cardenismo, cuando la CTM había sido desprovista del contenido progresista que la sostenía.

El apoyo de Lombardo Toledano hacia el velazquismo parece residir en la desconfianza que le infundían los comunistas y el movimiento obrero independiente al cual no podía concebir sin la tutoría y el arbitraje del Estado en el enfrentamiento con los empresarios. Sin embargo, a pesar de una visión estatista, Lombardo tiene un marco conceptual más amplio donde deposita sus conclusiones, en tanto el velazquismo sostiene una visión pragmática e incluso oportunista, desprovista de ideología: por lo que será más ajustable a los cambios de los gobernantes mexicanos en turno. Son los cinco lobitos los que llevarán a sus últimas consecuencias el nexo del movimiento obrero con el Estado, ya que no será entendido como una alianza con el éste o con fracciones del mismo (visión lombardista), sino que es una clara integración semicorporativa de la clase obrera al Estado, al margen de las orientaciones de éste. Ello corrobora la idea señalada con anterioridad de que el lombardismo, a pesar de su estatismo y su falta de independencia representa a la clase obrera en movimiento y por tanto a sus sectores mayoritarios; en tanto el velazquismo es la manifestación de la fusión del Estado con una franja burocrática de la clase obrera que sirve como elemento de control y sujeción laboral. No es casual que la trayectoria del velazquismo se dé con el control de las instancias reguladoras de los conflictos laborales (las juntas de conciliación en 1929 en el DF) y de las instancias burocráticas de la organización sindical (el control de la Secretaría de Organización de la CTM en 1936) con las cuales irían moldean-

do un estilo propio basado en la manipulación, el control y la mediatización. Todo ello se hace con la legitimidad del cardenismo, y en particular del lombardismo como corriente que hegemonizó el movimiento obrero en los años del presidente Cárdenas.

4. LA FORMACIÓN DEL PRM. DESCENSO DE LA LUCHA SINDICAL.

La clase obrera en la década de los treinta es una fuerza emergente e importante estratégicamente, con una manifestación numérica reducida en los marcos nacionales. Los habitantes de las zonas urbanas representan aproximadamente el tercio de la población nacional: seis millones de residentes en poblados de más de 2 500 habitantes,¹² lo que hace de la sociedad mexicana un mundo predominantemente rural. De esos seis millones, sólo una franja pequeña corresponde a trabajadores industriales. Un autor señala incluso que había sólo un millón 100 mil trabajadores en minas, comercio, comunicaciones, transporte y empleados de gobierno en todo el país,¹³ lo cual nos indica la proporción numérica del proletariado. Por su condición de clase fundamental en la vida económica del país, su accionar es relevante y participa en la determinación de sus rumbos, pero no como una fuerza independiente, a no ser de manera marginal (como quedó de manifiesto en las movilizaciones huelguísticas dirigidas por los magonistas antes del estallido de la Revolución); y tiende a manifestarse a través de interlocutores que surgen de otros grupos sociales (Lombardo, abogado de clase media) o francamente en alianza o al abrigo del Estado (los Batallones Ro-

jos en contubernio con el carrancismo), de donde su limitación estructural deberá ser paliada con el engarzamiento que eventualmente realiza con el Estado mexicano. Éste, como resultado de la Revolución tiene que insertar en la legislación un conjunto de disposiciones progresivas, y tiende a desarrollar un estilo político acorde con la irrupción de las masas en la política, lo que hace posible que se den en su interior posiciones "obreristas" y populistas, como las que dominaron la política nacional en el cardenismo.

En tal sentido, el cardenismo como un movimiento pluriclasista y nacionalista que utiliza al Estado y a la figura presidencial como nervio motor del acontecer nacional, al articular diferentes intereses clasistas, parte de la debilidad estructural en que se encuentran. Muchos países latinoamericanos que se enfrentan al desarrollo capitalista viven de una manera compulsiva y precipitada la gestación de condiciones para la entrada en una nueva modernidad económica y social. El estilo "populista" de gobierno hacía que en los países que vivieron esta experiencia, la dinámica estatal tuviera el consenso de las masas, e incluso en el caso mexicano, éstas atravesaron e impregnaron la lógica estatal y presidencial.

El papel que asume el Estado de regulador y organizador del país, y en particular de árbitro ante los conflictos clasistas, queda asentada en la Constitución de 1917 (que erige al Estado como protector de los derechos de obreros y campesinos), concretamente en la promulgación de la Ley Federal del Trabajo en agosto de 1931, que si bien asienta las conquistas laborales, asigna al Estado la función de gran árbitro en la vida sindical, reforzando el control a través de cláusulas de exclusión, tanto de ingreso como de se-

paración (artículos 49 y 236), y prohibiendo a los sindicatos la participación política.¹⁴ La función de arbitraje del Estado no se realiza sobre una clase obrera fuerte; se asienta sobre su debilidad numérica, lo que permite fortalecer posturas estatistas que justifican al Estado como elemento necesario para proteger y preservar las conquistas obreras ante la reacción imperialista y capitalista. Lombardo y Cárdenas están imbuidos de una ideología organicista y estatista que subestima al ciudadano (Cárdenas) o que lo niega tajantemente (Lombardo). Esto conlleva a la inexistencia (en ambos, y más agudamente en Lombardo) de una visión democrática en su versión occidental.

Cárdenas respeta las libertades individuales pero la forma de su gobierno constituye una relación paternal con las masas (que responde a la realidad de un país campesino en donde el individuo sólo existe en pequeños conglomerados urbanos). Lombardo Toledano asienta su base social con los trabajadores asalariados, quienes como ya vimos, se organizan al margen del Estado hasta cierto punto, y en coexistencia con diferentes corrientes políticas y sindicales, pero eso se va perdiendo al insertarse en el Estado como gremio o corporación, que delega su representatividad en un grupo dirigente proclive al burocratismo, a medida que se integra al Estado que vira a la derecha (después del cardenismo esto se profundiza) y se aleja de las bases obreras, creando una relación institucional y autoritaria que rechaza la democracia en su interior. Este proceso de escamoteo de la vida democrática de los trabajadores en sus sindicatos y en el país se aprecia con nitidez en la formación del PRM.

El punto máximo de movilización social nacional se va a dar con la expropiación petrolera, después de

la cual y hasta el fin del periodo presidencial de Cárdenas vendrá un reflujó de la actividad colectiva y un retraimiento de las medidas progresivas que el cardenismo estuvo impulsando. Poco después de la expropiación el presidente Cárdenas entrega al sindicato ferrocarrilero la administración de los Ferrocarriles Nacionales de México, para que constituyeran la administración obrera. El fracaso de ésta y las limitaciones del cooperativismo obrero¹⁵ junto al descenso en la movilización social, van a determinar que la línea del régimen gire hacia posturas más tecnocráticas, instrumentales e institucionales. El PRM se convierte en la principal organización política nacional que experimenta este cambio, y que se encarga de institucionalizarlo. La política de masas del cardenismo fue realizada en un periodo de auge social, a través de las organizaciones que el mismo pueblo fue creando, o las que fomentó el Estado para aglutinar a sectores populares, en tanto el PNR era considerado por la mayoría de la población como un instituto vetusto y conservador, en donde sobrevivían vestigios callistas o donde se incubaba un anticomunismo (Portes Gil) que desentonaba con la fraseología de izquierda que dominaba en la época. El PNR mismo fue sujeto de transformaciones ya entrado el sexenio cardenista.

En agosto de 1936 el PNR resiente el aislamiento en que se encuentra ante los embates de la izquierda que lo considera un organismo conservador, lo que provoca que el presidente Portes Gil renuncie, cuando Cárdenas retira el apoyo que le había dado para que presidiera el partido oficial (como medida para moderar el conflicto del cardenismo con los callistas atrincherados en el PNR), siendo sustituido por Silvano Barba. Éste es más cercano a Cárdenas y busca renovar la

imagen deteriorada del PNR, publicando en septiembre de 1936 un manifiesto a las clases proletarias del país donde se anunciaba ampliar sustancialmente la participación política de obreros y campesinos, buscando transformar el partido en una organización popular.¹⁶

Sin embargo, a pesar de que el PNR da visos de querer cambiar su carácter, para los sectores populares que trata de incorporar sigue siendo el partido de los caciques y los caudillos; el partido de la élite política. Será, como es la tónica en el cardenismo, de un impulso que viene de la dirigencia de los sectores subalternos de la sociedad el que permite que cristalice el proyecto de transformar al PNR en partido de masas y popular: en ese entonces la izquierda (Lombardo y los comunistas principalmente) propagan la idea de crear el frente único en México como respuesta a los requerimientos internacionales (detener el fascismo, la inminencia de la guerra mundial, la defensa de la Unión Soviética, etc.), el cual debía aglutinar a la mayoría de la nación mexicana. En realidad, es Cárdenas quien concibe la idea de plasmar esta aspiración de las corrientes de izquierda reviviendo la vieja organización, transformándola radicalmente. En diciembre de 1937 el presidente convoca a los dirigentes cetemistas para comunicarles su intención de transformar el PNR, reorganizándolo como partido de cuatro sectores,¹⁷ lo cual tomó por sorpresa a los recién enterados, que terminaron por concebir al partido como la expresión mexicana del frente único (otro tanto hicieron los comunistas). La constitución del Partido de la Revolución Mexicana (PRM) se da en la III Asamblea Ordinaria reunida entre el 30 de marzo y el 10 de abril de 1938, justo en el momento en

que la participación popular ha llegado a su máximo nivel con la nacionalización del petróleo. A partir de entonces disminuye el ritmo de movilización y participación de las masas en la vida política del país. Aparecerá con toda crudeza la tónica institucionalizadora que el PRM imprimirá al país, sustentado en una visión estatista y semicorporativa de las relaciones entre el Estado y la sociedad mexicana.

Es indudable que el cardenismo significó una profunda transformación cultural en el país, al elevar al campesino y al indígena de su condición de parias a la de seres humanos, idéntica al resto de los integrantes de la sociedad. El igualitarismo cardenista era un planteamiento avanzado pero sustentado en un universo político de pobladores rurales que viven en una cultura política tradicional y de trabajadores asalariados débiles estructuralmente, que tornan difícil la conquista de la modernidad política. En ese sentido, se puede explicar que tanto Cárdenas como Lombardo soslayan la democracia occidental (en tanto el primero busca evitarla para el país campesino que dirige, el segundo la condena por considerarla una cuestión "formal" y engañosa) y el PRM que se construye sobre bases populares, termina por anularla en su interior, lo que a la postre se traslada a las mismas organizaciones corporativas que lo conforman. Así, ante la existencia formal de un credo democrático, se instaaura un tipo de "democracia" mexicana que busca legitimarse señalando su especificidad. Cárdenas mismo señalaba que:

...el colectivismo no está reñido con la democracia. No sólo eso, sino que en la propia organización colectivista se practican las reglas de la democracia.¹⁹

El dirigente del PRM, Heriberto Jara, señaló en una ocasión que su partido ya no era una "institución" del tipo de los partidos liberales tradicionales conformados por "una simple agrupación de hombres", sino que su organización y su funcionamiento obedecían a un "concepto de democracia" más acorde con la situación nacional.²⁰



Esta "democracia" tan original no fue en realidad más que una cobertura ideológica para negar la verdadera práctica democrática:

En el PRM, la única vida interna se desarrollaba en los órganos dirigentes, en los que los representantes de los sectores negociaban sus posiciones. Las bases populares carecían por el contrario, de instancias de participación.²¹

Lo anterior se fortaleció desde que el PRM asumió una dualidad de estructuras, una asentada sobre la tradicional adhesión individual y voluntaria, y la otra que predominó, de la adhesión colectiva y a la postre forzosa a través de corporaciones que encarnan la vieja aspiración lombardista del organicismo. Lo que sucedió fue que el partido del pueblo que se había esbozado, se conformó como un partido de corporaciones en que "sus unidades de base eran las organizaciones, mientras que los individuos resultaban elementos secundarios",²² lo cual sería funesto para las bases populares que constituían las corporaciones, porque cuando éstas modificaron su contenido y filtraron la escasa o relativa participación democrática que habían tenido, se encontraron atadas al carro de un conjunto de instituciones que no preservaron normas democráticas mínimas.

CONCLUSIONES

Lombardo Toledano pertenece a una vertiente de dirigentes sociales que pretendieron llevar la Revolución mexicana por un derrotero constructivo y civilis-

ta. Su figura creció como crítica al sindicalismo corrompido y subordinado del cromismo moronista, por lo que apareció como un liderazgo con visos de autonomía y de acercamiento a la problemática de los trabajadores. Sin embargo, a pesar de sus pretensiones de distanciamiento respecto al Estado, termina subordinándose abiertamente a él. Fue por el cardenismo, como experiencia de gobierno popular, por lo que el lombardismo modificó su postura. Se convertiría en la concepción más representativa dentro de la izquierda sindical y política, que concibe impensable la gestación de un movimiento obrero independiente, y que confía en que el Estado surgido de la Revolución mexicana sabrá corregir el rumbo, si lo llegase a perder. Esta noción estatista de Lombardo se hizo común en la intelectualidad de los treinta, pero más lo era en condiciones de sujeción y dependencia de los actores sociales. Si bien la clase obrera mexicana exhibe señales de autonomía en los veinte y en los inicios del cardenismo, ésta se pierde por la relación simbiótica que establece con los gobernantes. El lombardismo se convertirá en la ideología de un compromiso histórico de la clase obrera industrial con el Estado posrevolucionario.

NOTAS

- 1 Luis González. *Los artífices del cardenismo*. Historia de la revolución mexicana núm. 14. El Colegio de México, p. 143.
- 2 Enrique Krauze. *Caudillos culturales de la revolución mexicana*. SEP-Cultura, p. 73.
- 3 *Ibid.*, p. 164.

- 4 Alicia Hernández Chávez. *La mecánica cardenista. Historia de la revolución mexicana*, núm. 16, El Colegio de México, p. 11.
- 5 Samuel León e Ignacio Marván, *En el cardenismo, La clase obrera en la historia de México*, Siglo XXI, p. 39.
- 6 Jorge Basurto, *Cárdenas y el poder sindical*, Era, p. 42.
- 7 Samuel León. *op. cit.*, p. 39.
- 8 *Ibid.*, pp. 40-41.
- 9 Nicos Poulantzas, *Estado, poder y socialismo*, Siglo XXI, pp. 154-155.
- 10 Luis González, *Los días del presidente Cárdenas*, Historia de la revolución mexicana núm. 15. Ed. El Colegio de México, p. 32.
- 11 *Ibid.*, La cita es tomada de: Nathaniel y Silvia Weyl, *La reconquista de México*, Problemas agrícolas e industriales de México, México, 1955. En el texto de González se encuentra en la p. 57.
- 12 Luis González, *Los artífices...* p. 34.
- 13 Jorge Basurto, *op. cit.*, p. 78 cita a Ashby.
- 14 Luis Javier Garrido. *El Partido de la revolución institucionalizada*, SEP-Cultura, p. 167.
- 15 Arturo Anguiano, *El Estado y la política obrera del cardenismo*, Era, pp. 86-93.
- 16 Luis Javier Garrido, *op. cit.*, p. 272.
- 17 *Ibid.*, p. 301.
- 18 *Ibid.*, p. 316.
- 19 Enrique Krauze, *Biografía del poder*, núm. 8, Lázaro Cárdenas, Fondo de Cultura Económica, p. 146.
- 20 Luis Javier Garrido, p. 365.
- 21 *Ibid.*, p. 385.
- 22 Arnaldo Córdova, *La política de masas del cardenismo*. Serie popular Era, núm. 26, Era, p. 148.